

A UN AÑO DEL CRIMEN DE CHICAGO

RICHARD SPECK

UN ASESINO MODELO



Gloria Davy, una de las ocho enfermeras asesinadas. Cuando Richard Speck vio su foto en una revista exclamó: «Sabe usted, es clavada a mi mujer».

SE le ha asignado un médico especial para vigilarle, porque es «propenso al suicidio». En general, a las personas que quieren suicidarse se les dice que están equivocadas, pero en este caso se duda. El «propenso al suicidio» ha asesinado a ocho mujeres en menos de una hora: es Richard Speck, de veinticuatro años, el «marino asesino de Chicago», cuyo crimen horrorizó incluso a los que sienten debilidad por estas cosas.

El «guardián espiritual» de Richard Speck, el doctor Ziporyn, psiquiatra de la prisión, le ha interrogado dos o tres veces por semana, desde su detención hasta su proceso, y ha contado sus entrevistas a la prensa americana. La conclusión es que, según el «psicoanálisis para todos», Speck es un asesino modelo.

golpes en la cabeza

La primera entrevista comienza mal. Speck, acostado en su cama, bajo un ventilador, hojea una revista.

—Soy el psiquiatra de la cárcel —dijo Ziporyn— y se me ha pedido averiguar más cosas sobre usted. ¿Quiere que hablemos?

—No —respondió Speck, sin levantar siquiera los ojos.

—¿Le gusta leer?

—No. No leo muy bien, lo que miro son las imágenes.

Ziporyn le hizo pasar algunos tests —volver a decir palabras al revés, hacer una resta—, que Speck no consiguió hacer «muy bien». Ziporyn le preguntó entonces si había recibido golpes en la cabeza. Speck pareció interesado. «Varias veces». Fue golpeado con un martillo, cayó de un árbol y perdió el conocimiento, se dio contra un poste —sus cabellos son más claros en el lugar del golpe—, fue golpeado por un policía, y en el curso de innumerables peleas.

—¿Oye usted voces?

Speck enrojeció, no quería responder, luego se decidió.

—Sí, algunas veces, cuando tomo la droga.

—¿Qué clase de voces?

—Usted se va a creer que soy idiota, pero se diría que mi conciencia me dice «no hagas esto» cuando quiero hacer algo que está mal... Pero esto no me pasa más que cuando tomo drogas.

—¿Qué clase de droga?

—«Chaquetas amarillas» y «pájaros rojos» (argot americano para las drogas que proporcionan alucinaciones).

—¿Bebe usted?

—¡Ya lo creo! Vino, cerveza,

whisky, ginebra, todo lo que encuentro lo bebo. Desde por la mañana, cuando me levanto, hasta la noche, cuando vuelvo a mi casa y caigo sobre la cama medio muerto. Algunas veces me siento bien, otras me pone de mal humor y me plecto.

«nacido para lo peor»

—Dick, usted sabe que se dice que ha matado a ocho enfermeras. ¿Qué pasó?

—Yo no sé más que usted... Pero si todo el mundo dice que lo he hecho, será verdad.



Hace un año, la opinión mundial se conmovió ante el crimen múltiple perpetrado en Chicago. Sólo una mujer escapó con vida, escondiéndose bajo una cama. En la foto, la policía saca del apartamento de las enfermeras una de las víctimas de Speck.



Este es Richard Speck, junto a su abogado, en el momento de escuchar la sentencia de condena a muerte pronunciada por el tribunal de Peoria —Illinois—. En la actualidad, un psiquiatra vela día y noche por Speck, para evitar sus tendencias suicidas: de esta forma, el asesino de Chicago pretende liberarse de sus culpas...

—Entonces, ¿lo ha hecho usted?

—Escuche. Ya le digo que yo bebo. Además, esa noche había tomado seis «pájaros rojos». No sé lo que pasó de las ocho de la noche a las once de la mañana, cuando me desperté. Todo lo que sé es que encontré tres marineros en una taberna, que se bebió, que se fue a algún sitio a «pincharse». Yo no sé lo que era, pero no era heroína: era no sé qué, en una botella azul... Sería incapaz de decir a quién se parecían esas enfermeras. Al día siguiente, yo estaba aún borracho. Relacioné las cosas solamente cuando dijeron mi nombre por la radio. Cuando oí lo que contaban, me dije que no merecía la pena vivir, que si yo era así no podía más que hacer mal a los otros y a mí mismo. De entrada me tragué un frasco de somníferos, todo el frasco. Pero no era bastante, era necesario que hiciese alguna cosa. Porque, ¿un tipo como yo merece la pena que viva? Entonces me abrí las venas con una cuchilla de afeitar. Pero tampoco funcionaba esto: yo seguía allí.

Sí, Speck era ya «suicida»: veía

su crimen desde el exterior y quería su propia muerte, como lo deseaban las «gentes de bien». Cuando se le descubrió bañado en sangre en un hotel de mala muerte, fue conducido a un hospital, y allí un médico, al ver grabado sobre su piel el tatuaje «Nacido para lo peor», le reconoció. La única superviviente de la carnicería, Corazón Amurao, que había escapado escondiéndose bajo una cama, había dado de él una descripción muy precisa, dando la alarma en cuanto él se fue.

«son verdaderamente bonitas»

Nacido en Illinois, de una familia de ocho hijos, Speck quería apasionadamente a su madre. A la muerte de su padre ella se volvió a casar con un tal Carl Lindbergh, al que Speck odiaba. A los veinte años Speck había sido ya detenido diez veces por robos y otros delitos. Uno de sus profesores de la High School, de Dallas —donde vivía después del

matrimonio de su madre—, declaró: «Nunca le vi sonreír, y era un solitario».

Si no tenía amigos, a Richard le gustaban las mujeres. —«Las quiero —dijo—. No quería hacerles daño—. Se casó, en enero de 1962, con una chica de veinticinco años, Shirley Malone. El tenía veinte. Speck sospechaba con frecuencia que su mujer le engañaba, y una vez tuvo la prueba de que lo hacía. Según propia confesión, intentó matarla más de una vez. Se separaron en enero de 1966, y su hija, de tres años, a la que Speck adoraba, fue confiada a Shirley».

En la prisión mostró con fiereza al doctor Ziporyn cartas que había recibido —recibió bastantes—, y le preguntó con una curiosidad sincera: «¿Cómo cree usted que he podido hacer una cosa semejante?».

—Yo creo —dijo el psiquiatra— que usted tenía manía a su madre por haberle traicionado con su padrastro y esto provocó su odio hacia las demás mujeres.

Algunos días después, Ziporyn le enseñó el número de «Time» que

relataba el asesinato. Speck vio la foto de Corazón Amurao: «Es muy guapa, es verdad, qué chica más guapa». Después preguntó, señalando una página llena de agujeros: «¿Qué es lo que se ha arrancado de ahí?».

—Se lo voy a enseñar —dijo el psiquiatra.

Y sacó, una a una, las fotos de las enfermeras, que había puesto aparte de la revista...Era la primera vez que Speck veía el retrato de sus víctimas: no leyó los periódicos en los días siguientes a su crimen. Las miró moviendo la cabeza tristemente y murmuró después: «Oiga, son verdaderamente bonitas...». Ziporyn le enseñó a continuación la foto de Pamela Musek. «Se diría Elizabeth Taylor», dijo Speck. Y cuando vio la de Gloria Davy, la cogió, se la quedó mirando, de repente la dejó como si le quemara, la volvió a coger, la miró como si mirara a un escorpión.

—Sabe usted —dijo, sonador— es clavada a Shirley, mi mujer...

MARIELLE DE LESSEPS
(Fotos: ARCHIVO)